

Cómo Relacionarnos con las Denominaciones

Meditación de Iván M. Baker, 25 de marzo de 1999

Por causa de la desviación de la verdad, de la liviandad y el pecado existente en las iglesias hoy (además de la gran cantidad de pastores predicando para sus propios beneficios), es evidente que estamos viviendo tiempos muy peligrosos. Y es fundamental que vayamos a la Biblia a buscar la orientación correcta para enfrentarlos como corresponde. No nos sirve tener una orientación sentimental o una preocupación por mantener una amistad con todos, así como tampoco nos sirve tener un espíritu pacificador que nada ve y que todo lo ama, sino que precisamos de una luz divina bien clara y de una orden celestial que nos indique el camino; camino que sólo podemos hallar haciendo un estudio serio de la Palabra, buscando la indicación de Dios para enfrentar las situaciones de hoy.

Yo me pregunto ¿Tuvo la Iglesia Primera que enfrentar situaciones parecidas a las nuestras? Algunos dicen que las sinagogas de ese tiempo son las iglesias evangélicas de hoy; pero yo digo que eso no es así, ya que con respecto a aquellas sinagogas y a su doctrina, Cristo dijo: *“Haced lo que ellos dicen, pero no lo que ellos hacen”*. Inferimos, por las palabras de Jesús, que al menos su enseñanza era buena, sin embargo hoy tendríamos que decir de las iglesias evangélicas, en términos generales: *“No hagáis ni lo que dicen, ni lo que hacen”*, lo que las coloca en un escalón más bajo frente a las sinagogas del tiempo de Cristo. Basta con juzgar el evangelio y las doctrinas de error que en ellas se predica y ver el estado moral y la pobre vida espiritual que generalmente puede observarse en ellas.

La segunda consideración que hago es que a pesar del mucho sufrir, orar y trabajar para llevar la verdad a las iglesias evangélicas, el fruto ha sido escaso y poco el avance. Prueba de ello es que al conversar con pastores evangélicos, nos damos cuenta que están en medio de una babel y de toda clase de liviandad. Se predica un evangelio espurio, se admiten licencias de toda clase, con mínima o quizás nada de consagración de los miembros, generando un espectáculo vergonzoso en el que las iglesias sucumben bajo un mar de iniquidad. Por ejemplo, y con el fin de mencionar un caso extremo, esa iglesia metodista que celebró un casamiento (al que asistió la televisión, la prensa y gran cantidad de personas se amontonaron a sacar fotografías) en la que se celebró un “casamiento” diferente, entre lesbianas. Y al parecer también la iglesia anglicana se ha sumado al aceptar el casamiento de dos hombres o dos mujeres y la adopción de hijos por parte de ellos.

Hoy en la iglesia católica – incluyendo los católicos carismáticos – y en muchas iglesias evangélicas, ni se vive la santidad ni tampoco se proclama la verdad, siendo esta situación que enfrentamos hoy muy difícil y penosa.

Nuestra tarea no es buscar la unidad de las denominaciones, ya que en ningún momento el Señor ora para que la iglesia busque y trabaje en pos de la unidad “denominacional”, sino que el Señor, en Juan 17, clama al Padre pidiéndole a *Él* por la unidad entre los miembros de la Iglesia. Tampoco vemos a ninguno de los apóstoles procurando hacer unidad institucional, sino que los vemos en todo momento priorizando la santidad y la obediencia a Cristo. Y en la Palabra vemos que hubo luchas entre ellos debido a desobediencias, como cuando Pablo reprendió a Pedro. En esa situación no vemos a Pablo buscando armonizar lo que Pedro estaba haciendo con la verdad que él defendía firmemente, sino que lo vemos confrontando a Pedro duramente y luego siguiendo adelante con su responsabilidad, mostrándonos cómo nuestra unidad y armonía deben depender de la obediencia a la Palabra.

Cuando Pablo habla de la obra que Dios le encomendó, manifiesta no querer *“edificar sobre fundamento ajeno”*, sino hacerse cargo de lo que Dios puso en sus manos para realizar. Pablo no

consideraba un deber propio el arriar a todos los demás detrás de sus ideas, ni insistir en que los otros estuvieran de acuerdo con los métodos que él seguía para edificar la Iglesia, sino que se ocupaba de mantener el rumbo que Dios le había presentado aún cuando otros quisieran disuadirlo de esto.

No vemos en la Palabra un sínodo de hombres intentando elaborar una unidad institucional. La misión de unir a las Iglesias era dejada en las manos del Padre y era hecha por el Espíritu Santo, que es el gran Reconciliador.

Si nosotros nos atamos todos juntos para andar unidos (hablo siempre respecto a la unidad de diferentes iglesias, congregaciones o denominaciones que piensan y operan de manera muy distinta), temo que la verdad va a ser oscurecida o simplemente nula y al final terminaremos todos ligados, encadenados unos con otros en una mediocridad espantosa.

Percibo que a veces el problema no es que las iglesias no acepten la verdad que predicamos, sino que no aceptan el funcionamiento de esa verdad aplicada en la vida. No ganamos nada con intentar convencer a quienes no quieren ser convencidos, sino que sería mucho mejor que los que están convencidos vayan hacia adelante, avanzando en sus convicciones, haciendo la obra y viviendo la verdad. Será esa obra y esa vida las que realmente hablen por sí solas.

Nuestra tarea entonces, no es edificar sobre fundamento ajeno sino ir expandiendo nuestro ministerio conforme a todo lo que hemos recibido y nos ha mostrado el Señor, teniendo constante determinación en afirmar y fortalecer todo lo que está en nuestras manos y que es de nuestra responsabilidad hacer. Además, debe ser de nuestro gran interés tener comunión los unos con los otros e ir edificando la Iglesia conforme al modelo que Dios nos ha mostrado, es decir, volviendo al patrón de Dios según lo que Él encomendó. Esto es lo sano, lo apropiado y lo que cabe dentro de la visión que Dios nos ha dado.

Reclamamos además una soberana operación del Espíritu Santo para hacer la unidad que sólo Dios puede hacer, ya que nos damos cuenta que la unidad de la Iglesia hecha en papeles, en eventos diversos o en reuniones de oración, no llega muy lejos. Es muy complejo y difícil querer unir así nosotros las denominaciones, o las congregaciones ya que cada pastor está afirmado en su visión; cada uno quiere cambiar los principios que guían al otro y que son entendidos de manera diferente, y cada uno entiende su proceder como algo que viene de parte del Espíritu de Dios, lo que le da seguridad en su forma de actuar. Entonces, a mi parecer, el querer alinear a las demás congregaciones con nuestros argumentos, con nuestras predicaciones o compartiendo reuniones de oración o de consulta, es muy difícil; y creo que ante esa dificultad, solo Dios puede hacer algo.

Lo que sí creo, es que podemos juntos aceptar dos principios claros: Primero, que la unidad del Cuerpo la hace Dios y, segundo, que debemos cuidarnos de oír bien y obedecer las advertencias que los apóstoles nos hacen con respecto a quiénes debemos apartarnos completamente.

Este dilema, el de saber discernir qué hacer ante las diferencias y factores que nos separan de otros, no es exclusivamente nuestro, ya que en el tiempo apostólico también estuvo presente. Sin embargo debemos tener sabiduría de Dios para relacionar los problemas que ellos tuvieron en su tiempo con los que enfrentamos nosotros hoy en el siglo XX, ya que existen dos mil años que nos separan y las situaciones y los tiempos históricos son diferentes. Lo que sí podemos establecer es que cada problema, tanto los que se vivían en ese tiempo como los que enfrentamos hoy, son indicativos de un pecado, una falla o un desliz del hombre, por lo que debemos calificar cada situación actual en base a los principios establecidos por los apóstoles de la Iglesia Primitiva tal como lo establecen las Escrituras para luego encontrar el paralelo con nuestros días.

Por ejemplo, en la epístola de Gálatas – tiempo en el que sin duda se predicaba el evangelio puro y limpio tal cual había sido dado por el Señor – podemos ver una situación donde por un solo elemento que los hermanos querían agregar al evangelio, Pablo reacciona amonestándoles severamente. Ese elemento, la circuncisión – la inocente práctica de cortar el prepucio, es decir, 10 a 20 gramos de piel – cosa que hasta ese momento había sido una práctica santa, establecida por el Altísimo como precepto para muchas generaciones entre los judíos, era ahora aborrecida por Pablo, por ser del antiguo pacto y no del nuevo, rechazándola enérgicamente con estas tremendas palabras: *“Yo os declaro que si os circuncidáis, Cristo no os aprovecha de nada y de la gracia habéis caído”* ¡Qué palabras inmensamente graves llega a decir Pablo por causa de algo que para los judíos convertidos era un error tan inocente y pequeño! Pablo denuncia el gravísimo pecado en el que estaban cayendo, a causa del cual les advierte que por ese solo hecho perderían la gracia recibida. Pablo llama a esto *“otro evangelio”*, es decir, el sacar ese pedacito de piel; esa acción de poner un símbolo de circuncisión judaica, era otro evangelio. La diferencia radicaba en que ahora era otra época; tiempo del nuevo pacto que Dios había establecido con Cristo y para los ojos de Dios y de Pablo, este hecho significaba evidentemente un gravísimo pecado y una anulación del Evangelio santo que Dios estaba revelando y estableciendo entre los hombres.

¿Cómo se puede comparar esta minucia del prepucio y la circuncisión – pero tan fuertemente tratada por Pablo con el máximo rigor y con un lenguaje claramente condenatorio – con la flagrante desviación que hay hoy en día en las iglesias? Hoy se manifiesta abiertamente y por todas partes un evangelio espurio; un evangelio sin poder salvífico; un evangelio de hombres en el que el llamado y el contenido son otros y que está totalmente envenenado por los intereses de los hombres que se interponen a los intereses de Dios.

Así como el evangelio que predicaba ese pastor al cual le dije “Tú no predicas el evangelio” y él me respondió ¿Cómo es el evangelio? Y yo le expliqué detalladamente cuál era el verdadero. Y cuando terminé, él me dijo: “Si yo predico ese evangelio, pierdo mi congregación”

Yo analicé esa frase que él dijo como un relámpago en mi mente y me sentí absolutamente indignado; dándome cuenta inmediatamente que él era un mercader haciendo su propio negocio. Él quería gente asistiendo a sus reuniones pero no estaba interesado en que esa gente se convirtiera realmente; no le interesaba si el evangelio que él predicaba era el correcto o no, sino que le interesaba tener una iglesia abierta, un púlpito, una autoridad propia, gente que viniera a escucharle. Él era un lobo, un ladrón, un salteador, un miserable rumbo a la perdición.

Así como ese pastor, hoy en día hay muchísimos más como él que se amontonan por todas partes predicando la prosperidad; predicando la liberación de demonios de los creyentes; predicando la multiplicación del diezmo y aún pidiéndole el diezmo a la gente que aún ni siquiera se ha convertido.

Hoy no se predica más a Cristo, no está más la vergüenza de la Cruz ni el derramamiento de la sangre del nuevo pacto. Cuando yo tenía unos 15 años, escuché a un anciano decir “En los últimos tiempos, dentro de algunos años, no se predicará más la sangre de Cristo”. Yo me quedé atónito, porque para mí, en aquel tiempo que yo vivía, no podía haber predicación sin la sangre de Cristo y sin la Cruz; sin embargo hoy ya no oigo más de la sangre de Cristo; no oigo más mensajes sobre la cruz, sobre el infierno, sobre la condenación, sobre el pecado que nos lleva atados a la eterna perdición o sobre el juicio de Dios. Es muy difícil encontrar un predicador que hable del verdadero evangelio porque es inconveniente a sus engañosos propósitos y lejos de atraer al público, lo ahuyenta.

Evidentemente estamos viviendo el tiempo en que las gentes “*teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus concupiscencias y apartarán sus ojos de la verdad y se volverán a las fábulas*” Estos emisarios son los mismos que aparecen en el capítulo 7 del sermón del monte donde Jesús dice: “*muchos me dirán en aquel día [muchos], Señor, hemos predicado en tu nombre; hemos echado fuera demonios; hemos hecho milagros y hemos profetizado...*”. Y ya sabemos cuál es la sentencia que Jesús les da a los tales en la Palabra.

Después de 20 años de intentar relacionarnos con ellas, seguimos viendo que tales iglesias que aún predicán un evangelio adulterado. No hemos conseguido demasiado sino sólo el mero hecho de que hayan captado un lenguaje distinto o incorporado algún estilo nuevo de operar. Sin embargo al habernos abocado a esta tarea de “unidad fabricada” hemos obtenido el estancamiento total de este movimiento de renovación, del cual hoy sólo quedan rastros.

Es necesario atender a lo que debemos hacer, a lo que se nos confió a nosotros. Debemos construir una Iglesia libre de polvo y de paja y asentarla en un lugar elevado como ciudad de Dios y como Cuerpo de personas que aman a Dios. Eso fue lo que dijimos que haríamos; así lo reiteramos, lo cantamos, lo bailamos; pero no lo hicimos, porque algunos de nosotros se extralimitaron con la unidad y se entusiasmaron al exceso, fuera de contexto con Juan 17.

Yo nunca entendí ni estuve de acuerdo con ese entusiasmo por unir las iglesias; pero nos comenzamos a mezclar con las denominaciones pasando horas con ellos, llegando a ser “la unidad” el asunto más importante; cuando en realidad el tema fundamental era el Reino de Dios y el establecimiento de una Iglesia que imita a Cristo. Dios nos había dado la unción y la luz para ese trabajo. Con ese fin el Señor nos enseñó el camino y nos dio las correcciones que debíamos hacer. Nuestro trabajo no era *oír* solamente una doctrina y proclamarla fielmente para que fuese mareramente entendida, sino *establecer* la Iglesia misma conforme a esa doctrina y buscar un espacio libre para llevar a cabo esa acción sin influencias foráneas.

Es necesario entonces tener una mano sobre la espada ceñida a un costado y con la otra mano seguir edificando. Debemos estar totalmente abocados a lo que el Espíritu Santo tiene como fundamento; esto es, construir una Iglesia conforme al Reino de Dios, conforme al llamado del Evangelio del Reino; una Iglesia del último tiempo, santa, pura, limpia, donde toda ella responde al amor de Cristo, sigue la santidad del trono de Dios, obedece la Palabra de Dios y es edificada sobre ningún otro fundamento, excepto Cristo. La edificación de la Iglesia es llevada a cabo por el Espíritu Santo y el material con que se construye viene de Cristo mismo; ese material santificado con su sangre y ungido por el Espíritu, debe reconocerse y ponerse en un lugar apartado de todo lo que es falso, inútil, carnal y pecaminoso. Debemos hacer diferencia entre lo santo y lo vil; entre lo que le sirve a Dios y lo que no le sirve, siendo nuestra única regla de fe la Palabra de Dios en su totalidad.

A las iglesias históricas les guardamos amor y nuestra respuesta a ellas no es ni el odio ni el olvido. Pero no podemos paralizar la obra que Dios nos ha encomendado para unirnos con ellos, sino que por el contrario, debemos hacer la obra encomendada por Dios a nosotros por amor a ellos, ya que la contribución más grande que podemos realizar para nuestros hermanos de las denominaciones, es la edificación de la Iglesia que nos toca a nosotros edificar. No se trata de *dar* una doctrina, sino de *edificar* una Iglesia conforme a la doctrina de Dios, la cual el Señor nos reveló. Nuestro trabajo para levantar esa Iglesia debe ser tan intenso y urgente que no habrá tiempo para otra cosa. Estaremos sirviendo a Dios, a nuestros hermanos y tendremos una iglesia contundente e inconfundible. No es la *declaración* de la verdad lo que convence, sino la *vivencia* de la verdad; no es teorizar sobre conceptos bíblicos lo que convence, sino el mostrar cómo esos conceptos bíblicos nos han hecho bien, nos han formado y transformado y nos han constituido en un pueblo santo de Dios. Mucho se predica sobre “el pueblo de Dios”, pero no hemos formado el pueblo de Dios realmente,

sino que las ovejas de la renovación están descarriadas, han sido ofendidas y han salido en grandes grupos de en medio nuestro, dejándonos pobres y con poca gente. Y la culpa de todo esto es nuestra, por no haber sido buenos edificadores.

¡No volveremos a eso! Vamos a edificar la Iglesia para la gloria de Dios y para la bendición de las iglesias. El hacer lo que Dios nos manda, será lo que les muestre con todo amor cómo debemos obedecer a Dios y cómo se edifica una Iglesia. Desde una posición de enseñanza que no es teoría – sino por una revelación de la presencia misma de lo que hemos edificado, con la aprobación de Dios y siendo bendecidos y llenos del Espíritu Santo – podremos bendecir a las iglesias y extenderles la mano mostrándoles en hechos la realidad. Nuestra postura debe ser como la de una roca; como la de un barco que no se hunde sino que navega firmemente o como la de una mano de una persona, que estando firme sobre una roca, toma al naufrago que va a la deriva.

¿Cuántos se van a convertir? ¿Cuántos van a enderezar sus caminos? ¿Cuántas iglesias van a ser reorientadas? No lo sabemos, pero sí sabemos que nuestra tarea es edificar con el poder del Espíritu Santo lo que Cristo nos mandó a nosotros a edificar: Su Iglesia Santa.

Establezcamos el fundamento; seleccionemos las piedras; pidamos espacio al Espíritu Santo para hacer la obra; volvámonos de nuestros caminos de error; reconozcamos todos nuestros errores y vengamos juntos a edificar la Iglesia, porque Dios nos constituyó juntos y si juntos nos hemos desviado, entonces juntos enderecémonos. Y si se ha mantenido hasta aquí una amistad de más de 30 años entre algunos de nosotros, ¿Cuánta más será la potencia con que nos asistirá el Señor si retomamos juntos el camino? Pero ese retomar el camino debe ser con esta clara y determinante visión y orientación.

Me parece conveniente aclarar que cuando hablo de nuestra relación con las iglesias evangélicas, no estoy hablando de las relaciones individuales que un miembro pueda tener con otro, sino a evitar una relación corporativa más comprometida, en forma oficial para realizar actividades con las denominaciones, o incluso a hacer retiros, campamentos o encuentros juntos. Eso debemos dejarlo de lado e intensificar la relación individual, donde tengamos libertad de hablar personalmente con algún pastor o encontrarnos frecuentemente a solas de a dos o tres, o en grupos pequeños con el objetivo de volcar nuestro corazón sobre la revelación que hemos recibido del Señor, estudiando la Palabra juntos, al mismo tiempo que los escuchamos a ellos.

Por ejemplo, en un par de días me voy a reunir desayunar con un pastor pentecostal para hablar seriamente de la Iglesia, de punto a punto. Nos vamos a abrir el uno al otro para preguntarnos y respondernos. Por mi parte voy a intentar convencerlo de la necesidad absoluta de restaurar la doctrina y enseñanza en la Iglesia.

Muchas veces somos invitados por distintos pastores a predicar en sus congregaciones. Yo casi siempre he tomado la decisión de no hacerlo para no interferir o contradecir su autoridad. Más bien nos encontramos en privado con el pastor; ya que nuestro entendimiento personal redundará en un beneficio congregacional, sin que en el proceso se produzca una gran confusión que involucre al rebaño

Con todo lo que he dicho, expreso mi propio sentir a mis hermanos. De aquí en adelante debemos seguir el buen camino siendo acompañados por quienes quieran tomarlo sin esperar que todos lo tomen.

Que Dios nos ayude a quienes solo anhelamos que el nombre de Jesús sea exaltado y que solo su voluntad, y no el designio de los hombres, sea hecha. Que Dios asista a quienes deseamos

apartarnos de toda confusión, de toda carnalidad y mundanalidad. Cerremos las puertas de nuestras casas, dejando el mundo afuera y el Reino de Dios adentro; echando fuera todo ídolo, toda corrupción; sacando fuera todo espíritu de maldad, de mundanalidad, de liviandad, de inmoralidad, de lascivia, de entretenimiento vano, vil y mundano, para que así nuestros hogares sean puros instrumentos en las manos de Dios. Seamos nosotros, los pastores, los primeros en hacerlo.

Cuando Josías limpió a Israel, la limpieza fue total. Destruyó todo lo que Salomón había hecho, todas las abominaciones que los reyes de Israel habían hecho y una vez que finalizó su limpieza, se sentaron a celebrar la Pascua. Tal fue la bendición de esa Pascua que el Señor dice así de ella: *“Nunca fue celebrada una Pascua como esta en Israel, desde los días de Samuel el profeta, y ningún rey de Israel celebró Pascua tal como la que celebró el rey Josías, con los sacerdotes y Levitas y todo Judá e Israel, los que hallaron ahí juntamente con los moradores de Jerusalén”*

Dios quiere anticiparnos a la Cena celestial celebrando una cena terrenal con la Iglesia restaurada. Yo sé que Dios va a usar al diablo más que a nadie para santificar su Iglesia, porque los días que vienen son de una corrupción total, como nunca antes ha habido en la tierra; y sólo habrá dos posibilidades: O total santidad o total corrupción. El color gris habrá sido barrido de en medio. El diablo está haciendo su máxima obra con la máxima libertad, porque es el día cuando el Hijo tiene la máxima libertad. El diablo está trabajando con toda su furia, porque el Hijo de Dios está en pie obrando con todo su poder ¿Quién va a vencer? Están los dos allí, el gigante por un lado, la serpiente antigua, Satanás y por el otro lado La Vid, que es símbolo de Cristo mismo. Se van a medir el uno y el otro, pero ya sabemos lo que va a suceder: la piedra que salió de la honda de Jesús va a quedarse hincada en la frente del gigante; y el paladín del diablo y todas las obras de Satanás van a sucumbir y Dios va a triunfar. ¡Jesús va a triunfar y levantará su cabeza ante todas las naciones y ante el universo entero para mostrar que Él es el Vencedor!.

¡Esta es la hora hermanos! Levantémonos para edificar.

Amén.